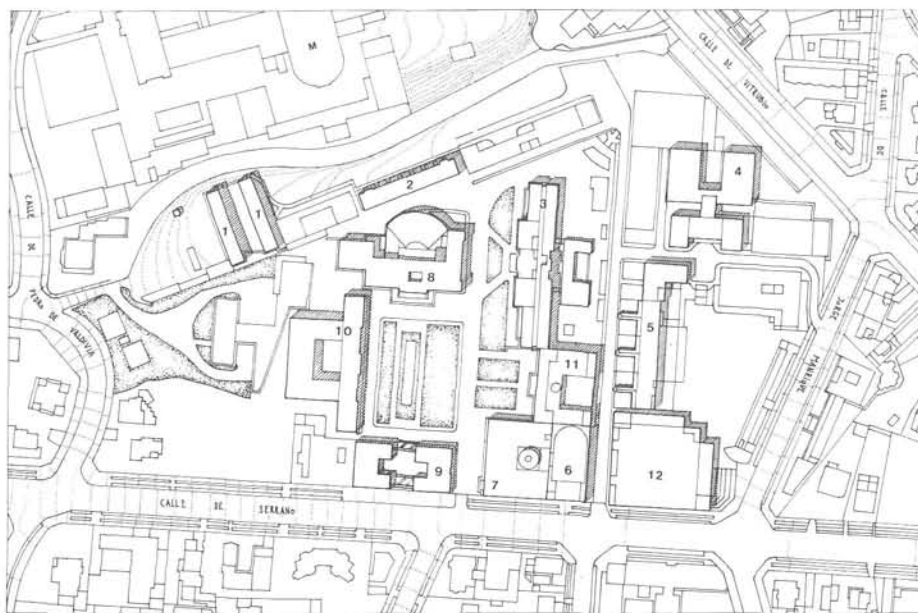


## La construcción de la “Colina de los Chopos” en Madrid (De Antonio Flórez a Miguel Fisac)

Antón Capitel



M. Museo de Ciencias Naturales y Escuela de Ingenieros. 1 y 2. Pabellón de Flórez para la Residencia de Estudiantes. 3. Fundación Rockefeller, de Lacasa y Sánchez Arcas. 4 y 5. Pabellones de bachillerato y de primaria del Instituto Escuela, de Arniches y Domínguez. 6 y 7. Iglesia y claustro del Espíritu Santo de Fisac, antes Auditorio y biblioteca del Instituto. 8. Pabellón central del Consejo, de Fisac. 9. Instituto de Edafología, de Fisac. 10. Archivo Histórico Nacional, de Manuel Martínez Chumillas. 11. Instituto de óptica, de Fisac. 12. Polideportivo Magariños, de Antonio Vázquez de Castro y José Luis Iñiguez.

Un simple repaso a la memoria puede hacernos partir del Museo de Ciencias, del arquitecto La Torriente, y seguir caminando en el tiempo, por las casas de los hermanos Fernández Balbuena en Pedro de Valdivia, la colonia residencia de Bergamín y Blanco Soler —y la transfigurada casa del marqués de Vitoria, también de Bergamín—. O admirar las casas señoriales de Serrano y María de Molina; el Alto Estado Mayor Central y la torre de viviendas en la plaza de Marañón, de Gutiérrez Soto; la iglesia de San Agustín y la casa de Pedro de Valdivia, de Luis Moya; el Instituto de Biología Ramón y Cajal, y otras obras más de Fisac. No es una lista detenida, y aún faltaría además entrar en las construcciones que ocupan la verdadera colina: allí se reúnen obras de Antonio Flórez; Carlos Arniches y Martín Domínguez; Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa; Manuel Martínez Chumillas; Miguel Fisac; Antonio Vázquez de Castro y José Luis Iñiguez.

La urbanización de la “Colina de los Chopos” se inicia cuando la *Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas*, presidida por Ramón y Cajal, adjudica a la *Residencia de Estudiantes* que dirigía el institucionista Alberto Jiménez Frau, unos terrenos en los altos del hipódromo, detrás del edificio de La Torriente que había sido cuartel de la Guardia Civil y, luego, escuela de Ingenieros Industriales y Museo de Historia Natural. Era una estrecha faja de terreno bordeada por el canalillo de Isabel II, más baja que la meseta final o cénit de la colina, y con casi obligado frente al oeste. Allí proyecta y construye Antonio Flórez, a partir de 1913, tres pabellones, que conjuntamente con otro del arquitecto J. Luque, constituyeron la Residencia.

El tramo horizontal de la ronda de Castro que limita por el Este al barrio de Salamanca y que sesga la cuadrícula con su tajante línea, inicia una fuerte bajada hacia el norte para cruzar la vaguada de López de Hoyos, ascendiendo y torciendo después, para orillar los altos de El Viso por la collada o puerto de la República Argentina, desde donde descenderá hasta ganar el paseo de la Castellana.

Así, entre la ronda de Joaquín Costa, el hipódromo asentado entonces al final de la Castellana, la vaguada de López de Hoyos y el primer tramo de María de Molina, quedaba —y queda— una isla urbana, originada por la Ronda y separada por ella de los Altos de El Viso. Una parte de la ciudad en altozano, a cuyo cénit geográfico llamó Juan Ramón Jiménez “la colina de los chopos”. La historia de su urbanización dejó interesantes testimonios arquitectónicos en ella, y un paseo por la misma —limitado objetivo que propone estas notas— puede darnos la idea de cuánto están vivas aún para nosotros algunas de las cuestiones que allí se dilucidaron para darle forma.

Es bien conocida la historia de la *Residencia de Estudiantes* para tener que repetirla aquí. Baste recordar que, como la *Junta de Ampliación de Estudios* y el posterior *Instituto-Escuela*, se trataba de fundaciones estatales con las que se había introducido en la enseñanza oficial los métodos e ideas de la *Institución Libre de Enseñanza* fundada por Francisco Giner de los Ríos, y desarrollados hasta entonces sólo en la esfera privada. En la *Residencia* convivieron y se relacionaron, en muy distintas generaciones, lo más activo de la cultura española. Fue lugar que recibió tanto a Unamuno como a Tagore, o a H. G. Wells, por ejemplo; donde coincidieron jóvenes en formación como Dalí, Lorca y Buñuel; donde Juan Ramón Jiménez fue pionero residente y, luego, tutor (allí cantó en un verso la “Colina de los Chopos” y le dio nombre); donde, ya en lo arquitectónico, dieron conferencias Gropius y Teo van Doesburg. Insistir en una historia ya relatada nos alejaría en exceso de nuestro tema, si bien ilustraría un excelente clima cultural relacionado con algunos arquitectos de la época y con la construcción en concreto de aquel lugar. El propio Antonio Flórez, Leopoldo Torres Balbás o Arniches y Domínguez, forman un ejemplo de los profesionales ligados a aquel clima (1).

Antonio Flórez, tan vinculado a la *Institución*, era catedrático de la Escuela de Madrid (el temido examinador de dibujo de los ingresos de entonces) y arquitecto escolar, habiendo dejado una obra de singular valor en este campo (2). En ella se dan cita la sobriedad, racionalidad constructiva y buen hacer del XIX madrileño, tan vinculado a la valoración de la fábrica de ladrillo, al tiempo que, por ello mismo, se anticipan cuestiones, y se establece así un puente, de lo que será nuestra poste-

rior, y mejor, arquitectura moderna de anteguerra. Aunque la fuerza de los *españolismos*, tan extendidos en estas primeras décadas del siglo y potenciados por un *regeneracionismo* del que participaba Flórez, están también presentes en algunas de sus obras. El pabellón de pequeños (o de laboratorios) de la *Residencia* deja constancia de ello, al tiempo que da prueba del buen hacer y de la moderación de este autor en unas intenciones que le unen a tanta arquitectura contemporánea y posterior a la suya, aunque generalmente, de más baja calidad. La condición sobria y puritana le vendría dada a Flórez, como a Torres Balbás, tanto desde su ideología *institucionista* como desde su mejor tradición local. El componente españolista, más dictado desde el *espíritu de la época*, irá inundado también de contención y rigor, ejemplar ahora, otra vez, entre tanta nueva afición al pastiche.

La urbanización de la meseta superior o cénit de la colina, con salida natural hacia la calle de Serrano, comenzará con obras de Arniches y Domínguez, Lacasa y Sánchez Arcas. Los primeros construirán el *Instituto-Escuela* —hoy *Instituto Ramiro de Maeztu*— en tres pabellones diferentes: el de Bachillerato, todavía en un terreno inferior a la meseta, con salida a la calle de Vitrubio; el de Primaria, perpendicularmente a Serrano y con la contribución de Eduardo Torroja; y el central de Biblioteca y Auditorio, convertido después en la iglesia del Espíritu Santo.

Luis Lacasa y Manuel Sánchez Arcas ganaron el concurso para construir la *Fundación Rockefeller*, en 1928, institución que había ido a parar allí al amparo de la condición escolar y universitaria que tomaba el lugar. Inician la ocupación de la parte sur de la meseta que Fisac ordenará, ya en los años de postguerra, para el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, sucesor de la antigua *Junta*.

El edificio de la Fundación es de un sencillo trazado que evidencia la fuerza que el sistema académico de *composición por elementos* tuvo en la conformación de muchas de las arquitecturas de la época, y singularmente puesto de relieve en el máximo ejemplo de la Ciudad Universitaria, en la que colaboraron estos mismos arquitectos. Pues la renovación moderna de la arquitectura madrileña en aquellos años, en su reacción contra el eclecticismo historicista (contra el *Pompiér* y sus enormes secuelas *nacionales*), se basaba, tanto o más, en la recuperación del rigor de los esquemas académicos derivados de la *Ilustración* que en la inserción de nuevas plásticas. La elección era muy consciente, y muy lejos de la falta de información que puede achacarse a tanta arquitectura de nuestro siglo XIX. De ello dan prueba, en este caso, no sólo las sofisticadas columnas del pórtico —oposición palmaria e ironizante a una novedad *corbuseriana* que Lacasa, en concreto, odiaba— sino todo el tratamiento general, en el que un escueto funcionalismo es servido por un modo de hacer, por un lenguaje, que se emparenta con tantas cosas tradicionales. Con Flórez, si se quiere, y sin ir más lejos. Y cuyo *novecentismo* puede entenderse como *postmodern* —como Bonet Correa hace en su texto— sólo en cuanto su actitud *escénica* se opone, efectivamente, a lo moderno.

Arniches y Domínguez no estaban tampoco muy lejos de este modo de ver las cosas, pero, al ser menos comprometidos eran más eclécticos y, así, más libres. Y, en paradoja aparente, más modernos. Estuvieron especialmente relacionados con Zúazo y fueron, a nuestro entender, los arquitectos más cercanos a su figura, los que hubieran tenido —de no mediar la tragedia de la guerra civil— un desarrollo con tanta potencia como el suyo; aunque más avanzado, como correspondía a la nueva generación.

El eclecticismo de Arniches y Domínguez, como el de Zúazo, reservaba a cada experiencia concreta su sentido estilístico y planimétrico, dependiendo éste tanto del uso como del conveniente papel a jugar por la arquitectura como ordenadora del lugar, como dotadora de un orden espacial que éste no tenía, y



De arriba abajo, Residencia de Estudiantes, Pabellones de Bachillerato y de Primaria del Instituto Escuela y plaza interior del Consejo de Investigaciones.

mediante el cual se convertía en lugar propiamente urbano. En el *Instituto-Escuela* el problema principal era ordenar el terreno limitado lateralmente por la calle de Vitrubio y que se extendía desde Serrano hasta la caída a la Castellana, debiendo enlazar las nuevas edificaciones tanto con la *Residencia* de Flórez como con la calle de Serrano, y articulando así como lugar urbano escolar toda la parte norte de la meseta superior de la "Colina de los Chopos".

Una larga calle interna, perpendicular a Serrano y que enlaza con la de la *Residencia* y con la calle del Pinar, constituirá el eje de la ordenación, eje no académico, sino sometido a una geometría más libre. Un brazo de éste hacia el norte permitirá situar el edificio de *Bachillerato* en la meseta intermedia aún entre el nivel de la *Residencia* y el de Serrano, dando acceso inmediato por la calle de Vitrubio. Este edificio de *Bachillerato* es de aspecto moderno, pero, para dar fuerza a su implantación, se ha concebido como un edificio simétrico, capaz de dar sentido a una plaza de acceso a la que da frente y ordena con su presencia, y que se configura también con la ayuda de una escalinata que conecta con la meseta superior. Como en la *Rockefeller*, la disposición simétrica es *elementarista* y académica, al tiempo que moderna, adquiriendo ambos edificios fuerte presencia y, así, poder de ordenación sobre el espacio exterior. En el caso del pabellón de *Bachillerato*, sin embargo, vocabulario y sintaxis se ligan mucho más al del "estilo internacional".

El edificio de la *Escuela Primaria*, al alinearse según la calle interna y plegarse después hacia el de bachiller y a la salida por Vitrubio, es el que propiamente ordena la totalidad, definiendo arquitectónicamente los ejes de la planimetría del conjunto, y aprovechando así para construir una larga ordenación de aulas al modo de viviendas en hilera de una planta y con patio delantero. Esta línea se articula con el pabellón direccional y de servicios, de dos plantas, que se dispone ortogonalmente para llegar a conectar con la plaza de acceso al Instituto y ayudar a configurarla como espacio. Este edificio cumple, pues, un papel ordenador de importancia para el conjunto, siendo sin embargo muy tenue desde la imagen, debido incluso a su escasa altura.

En la hilera de aulas se desarrolla un ideal pedagógico-arquitectónico impecable y vanguardista, muy cuidado en todos sus aspectos y detalles —en las marquesinas de separación entre las clases al aire libre colaboró Eduardo Torroja— y dota a la calle que configura de una imagen escolar excelente, hoy alterada por la elevación de una planta que debió eliminar además los lucernarios.

El pabellón de Biblioteca y Salón de Actos, encargado de configurar la fachada del conjunto por la calle de Serrano y flanqueando la entrada y la calle interior, ordena poderosamente su propio enclave, como hace también el pabellón de *Bachillerato*, y tiene una inserción puntual en la composición que organiza en su totalidad el de *Primaria*. Así, y contrariamente a éste último, se plantea como un edificio compacto de fuerte y decidida presencia sobre la calle y el espacio exterior, adoptando tanto en el esquema tipológico que sigue como en el lenguaje una estudiada y ecléctica mediación entre tradición y modernidad. Se ordena en planta mediante una curiosa trasposición del esquema conventual de claustro y templo, en el que el Salón de Actos toma el papel de éste. La apariencia no es tan moderna como la de los pabellones de enseñanza, sino más novecentista, próxima a cosas de Zuazo, y con la singular finura de estos autores.

La intervención de Arniches y Domínguez será así muy poco esquemática, utilizando tanto recursos vanguardistas como intenciones tradicionales, o, si se quiere, académicas, de ordenar el lugar como espacio arquitectónico. Su éxito fue hacerlo combinando con habilidad e inteligencia los distintos recursos que se utilizaron, manejar lúcidamente su eclecticismo. En cuanto a la visión tradicional —dicho esto ahora en sentido

estricto incluso, si nos referimos a Madrid— de entender la ordenación del lugar como espacio configurado por las arquitecturas que en él se insertan, permanecerá como consideración presente en la construcción de la "Colina de los Chopos" también cuando, finalizada la guerra civil y transformado por completo el régimen político, se continúe con la urbanización de la parte sur de la meseta.

\* \* \*

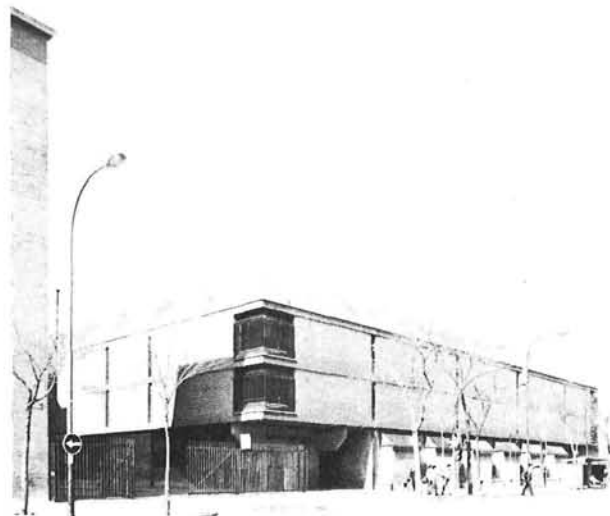
Después de la guerra, el *Instituto-Escuela* pasó a ser el *Instituto Nacional Ramiro de Maeztu*, y la *Junta de Ampliación de Estudios* se convirtió en el *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, organismo al que el nuevo régimen quería dar gran impulso, e impulso al que se liga la continuación del desarrollo de la construcción de la colina.

Miguel Fisac (titulado en 1942), se hace cargo al acabar la carrera de proyectar la iglesia del Espíritu Santo, y, sucesivamente, el Pabellón Central del Consejo y los Institutos de Edafología y de Óptica. Ello le supondrá la obligación de ordenar la totalidad de la parte sur de la meseta que aún quedaba libre, y a la que deberá incorporar tanto el Pabellón Central del Instituto-Escuela, como el edificio de la Fundación Rockefeller, que pasará a integrar el Consejo, y el nuevo Archivo Histórico Nacional del que se encargará contemporáneamente Manuel Martínez Chumillas (3).

El Pabellón de *Bachillerato* del Instituto-Escuela sufrirá una desafortunadísima ampliación que le dotaba, entre otras cosas, de Salón de Actos, lo que permitiría encargar a Fisac la conversión del Auditorio de Arniches y Domínguez en iglesia del Espíritu Santo, aprovechando de este modo la disposición casi conventual que ellos le habían dado. Fisac mantendrá gran parte del basamento y de la fachada a Serrano, así como el pequeño elemento claustral que levantará, y construyendo la capilla en un intento de continuidad con el tratamiento de la obra anterior. No se inspirará en Asplund, contra lo que pudiera creerse, a quien ni siquiera conocía aún, sino que intentará, bajo una inspiración *brunellesquiana*, una curiosa iglesia de crucero sin brazos que busca la unidad de estilo con lo existente. Quedará así unido, con ella, en lo arquitectónico y paradójicamente, más a la arquitectura anterior a la guerra civil que a la que se hizo después. Y prescindiendo de tantas consideraciones que vendrían al caso, no cabe duda de la fortuna del *puzzle*, y, en concreto, tanto de la del frente final a Serrano como del volumen eclesiástico, constituyendo un ejemplo nunca seguido y todavía con valor de actualidad.

La iglesia quedaba fuera de la ordenación del Consejo, si no es en el inicio del lateral norte. Esta ordenación se inspira en cuestiones más propias de la época, seguidas solamente por las minorías a las que Fisac perteneció, y atiende así a la solución dada a la Ciudad Universitaria de Roma y al Museo della Civiltà Romana, en el EUR; aunque, si lo hubiera sabido, podría haber consultado también la solución pensada para el conjunto de Letras y Derecho de la Ciudad Universitaria de Madrid, que nunca llegó a completarse, y que era muy similar a aquéllas. En la escala en que ha de moverse, a Fisac, le basta con disponer una plaza unitaria con un eje, situando al Instituto de Edafología como unos modernos propileos de acceso, al Pabellón Central al modo de un templo al fondo, y estableciendo con ellos un fuerte sistema compositivo que no exige unidad absoluta en los laterales. Estos se configurarán mediante la antigua biblioteca de Arniches y Domínguez, el Instituto de Óptica que Fisac mismo construirá años más tarde, y el Instituto Rockefeller, en cuanto al lado norte; y mediante el Archivo Histórico Nacional, de Manuel Martínez Chumillas en el sur. Si se hubiera construido el conjunto de Letras en la Universidad, con unos *propileos* de entrada a la romana, las dos facultades simétricas y la biblioteca monumental al fondo, nos encontraríamos con un espacio muy parecido.





De izquierda a derecha, Fundación Rockefeller, Iglesia del Espíritu Santo y Polideportivo Magariños.

La ordenación, intento de promediar entre clasicismo y modernidad, es testimonio de un esfuerzo incubado antes de la guerra civil y recuperado, Italia mediante, por algunos arquitectos jóvenes de la década de los cuarenta. Es el mismo esfuerzo al que pertenece Sindicatos, por ejemplo, y no tuvo, en realidad éxito ninguno, pues fue considerado algo demasiado moderno por la cultura conservadora, sólo capaz de entender el *pastiche*, y algo demasiado académico, y hasta fascista, por el otro lado.

En el caso de Fisac supuso, además del conjunto, cuatro ejercicios arquitectónicos distintos, cuatro experiencias de mediación entre ambas y extremas culturas, las cuatro de desigual planteamiento y fortuna, pero todas unidas por la fuerte impronta de la pericia constructiva de su autor. Mediación entre clasicismo y modernidad y preocupación constructiva casi puritana que le emparentan sólidamente con la tradición madrileña y con todos sus antecesores concretos en aquel lugar.

Desigual planteamiento y fortuna, en el que se acusa el tiempo, y del que hemos comentado ya la iglesia, el ejercicio primero y, tal vez, más arriesgado. El Instituto de Edafología —los *propileos* a Serrano— es una traslación madrileña de la entrada a la Universidad de Roma de Foschini, y el Pabellón Central una simplificación del templo clásico, también a la manera romana de entonces, siendo más convencional y escenográfico —más *postmodern*— y encerrando un edificio compacto al que se superpone el pórtico del templo como pura imagen. Como escenografía tiene interés, sobre todo en los detalles del letrero y del capitel corintio, cercano éste al más sencillo orden interior de la iglesia. En el Instituto de Óptica (1948), Fisac se relaciona con el Rockefeller hasta en el ladrillo empleado y con el fin de constituir algo unitariamente el lateral norte de la plaza, iniciando en él su transición a la modernidad que desea abrazar. El delicado elemento de entrada y, sobre todo, los interiores, dan prueba de lo que quiere proseguir y de la fortuna con que puede emprenderlo.

Pero, cuando lo emprenda (en la falda este de la propia "Colina de los Chopos", por ejemplo, donde construirá el Instituto Cajal de Biología, una de sus obras más logradas), la cumplida cuenta de sus posibilidades modernas no estará reñida con la vocación urbana del edificio y su hermosa interpretación del enclave. Cosa que más adelante abandonará por completo, como toda la cultura moderna ya triunfante, rompiendo con una dilatada tradición persistente más allá de coyunturas y estilos, y fundando la destrucción de la ciudad como consciente hecho formal. Véanse, aún en la misma colina, los edificios de

Fisac de hormigón, ya sólo preocupados de sí mismos. Obsérvese la transformación y colmatación de la colina, en la que sólo un ejemplo afortunado, en el propio Instituto Ramiro de Maeztu, dio una lección de urbanidad al resolver admirablemente la ocupación de la esquina nordeste de la meseta: el polideportivo Magariños, de Antonio Vázquez de Castro y José Luis Iñiguez, contribución muy lograda, sin necesidad de dependencia.

La "Colina de los Chopos", micro-historia de la arquitectura madrileña —y española— del XX, puede ocuparnos el tiempo no sólo en lo que tiene de mejor comprensión de nuestra propia historia, sino, también, en lo que afecta a las preocupaciones actuales. Y, entre ellas, sobre todo una: encontrar mediaciones entre historia y modernidad que permitan entender definitivamente ésta como parte de aquélla, restañando la tradición occidental y recuperando y enriqueciendo un sabio y ponderado eclecticismo, imprescindible hoy. Como el que está en la "Colina de los Chopos", a pesar de todo, bien presente.

\* \* \*

Para acabar, un epílogo triste: el desastroso o deficiente estado actual de la mayoría de las edificaciones del lugar debido a la incompreensión general, tanto de arquitectos como de usuarios, de los valores de las mismas y del propio conjunto. Sirva como emblema la brutal desfiguración del Instituto de Biología Ramón y Cajal, en el que su calidad sólo es comprobable ya por fotografías de época. Como en el caso de la Ciudad Universitaria o de tantos edificios modernos, las mejores obras de su tiempo no logran el respeto de sus contemporáneos, consiguiendo así que el siglo XX, y, en concreto, estas postrimerías que vivimos, se haya preocupado mucho, aparentemente, de los *fetiches* históricos, pero no logre aportar a la historia, tal vez, ni uno solo.

Antón Capitel

#### NOTAS:

1. V. Bernardo Giner de los Ríos, Cincuenta años de Arquitectura Española II. Adir. Ediciones. Madrid, 1980.
2. Adolfo González Amézqueta, estudió las obras de Flórez en Hogar y Arquitectura.
3. Manuel Martínez Chumillas había pertenecido al GATEPAC y al hacerse cargo del Archivo Histórico Nacional, se quejaba a Fisac de que no le dejaban *hacerlo moderno*. La prueba de su profesionalidad está más en el Gran Hospital de Diego de León, construido años después, y de un interés grande.